

MEMORIAS RE
AMISTADES MEXICANAS
Y VUELTAS
Y EXTRANJERAS

Por J. MORENO VILLA

JUAN POSE ARREOLA.—Juventud: con la dramática "penosidad" que la juventud ha sido para muchos literatos y artistas. De un lado, el

impulso natural de la vida, de otro, la falta de medios económicos y, de otro, la pasión por hacer algo que no es precisamente lo que da de comer en este mundo. Total, grandes y penosas culpas.

Conocí a Juan José Arreola en un banquete, hace varios años. Se destacó al leer un soneto. Lo leyó con seguridad y gracia, dos notas que no esperaba de su flaqueza corpórea y de su color extremadamente pálido. Otro día se me

acercó en el "Fondo de Cultura" interesado por los libros que yo tuviese del o sobre el poeta François Villon. Hablamos. Vi que conocía el francés y que leía lo mismo al antiguo Villon que al prosista moderno Duhamel. Me pa-

reció un joven despierto, que puntualizaba con exactitud lo que decía, que temblaba ante todo lo bueno y fino del mundo y que estaba poseído de esa ansiedad nerviosa del raudal contenido por la angostura del cauce.

Pasado algún tiempo, me presentó a su mujer y a sus niñas, verdaderos pimpollos, blancos y sonrosados, vendiendo salud, como suele decirse, muy otros que el padre. Estaban sentadas en la zona de césped de la arteria principal de las Lomas de Chapultepec. Juan José había venido a mi casa por libros y lo esperaban allí. Le felicité, pero al despedirme me fui pensando en ese misterio de la naturaleza que saca de un tronco, seco al parecer, frutas llenas de lozanía y de jugo.

Otro día me trajo su libro de cuentos. Lo leí. Lo encontré tan pulcro y cuidadoso como al autor en su trato. Comencé a verle como a una promesa literaria que empieza a cuajar. Su nombre fue sonando en los periódicos y, hace una semana me enteran de que la Institución Rockefeller le concede una beca, por un año, como a otros cuatro escritores mexicanos y jóvenes. Pensé en lo que esto significaba para el joven amigo, para la lucha íntima y silenciosa que sostenía. No le felicité, no le llamé por teléfono; decidí publicar un retrato que le había hecho para un libro, y aquí está ya con su acompañamiento verbal.

El dibujo creo que es de los más justos, en espíritu y forma, de los que llevo publicamos en este Suplemento de NOVEDADES. Se le ve ascético, visionario, deslumbrado por lo que vislumbra y quiere apresar.

RODOLFO USIGLI.—Este gran autor dramático mexicano tendrá en cuenta que yo no lo soy, que por lo mismo no sé manejar los personajes como él, y que pasar de un bosquejo a otro en este repertorio es muy otra cosa que dramatizar o comedizar.

Todo lo que yo apunte ahora y aquí respecto a un personaje está desligado de lo dicho sobre otro. No hay trama ni relación alguna entre ellos. Son consideraciones aisladas como las que hago al dibujarlos con el lápiz.

Se me ocurre empezar por sus nombres. Rodolfo, nombre germánico; Usigli, nombre italiano. Aunque el germánico se escribe Rudolf, al españolizarlo result con tres admirativas oes. A ésta van a seguir las dos penetrantes, insinuantes ies y la u del apellido italiano. No vemos una a, ni una e para un remedio, y esto me parece ya un designio, porque estas son las vocales menos dramáticas. Las suyas meten miedo. U. I. I. I.

Con todo esto no quiero expresar otra cosa sino que sus nombres son apropiados para un dramaturgo; suenan bien, se distinguen.

Usigli ha ido elevándose sobre la escena mexicana desde hace

años y ya lo tenemos en pleno triunfo con las doscientas representaciones de su obra "El niño y la niebla".

Yo tenía la seguridad de que le estaba reservado esto desde que leí "Corona de sombra" y una novela "Ensayo de un crimen".

Esta obra fue la que me hizo amigo suyo. Cayó en mis manos sin buscarla. Me entretuvo, la leí como se leen los buenos libros de diversión, sin notar que está uno

leyendo, arrastrados por el interés del asunto y sin tropezar con alambicamientos de lenguaje ni falsedades o incongruencias. Y la ley en esta edad madura en que ya no se resisten tantas cosas como antes.

A los pocos días de esta experiencia me encontré con Rodolfo en la puerta revólver de Samborn. Le espeté mi felicitación como un disparo, porque la puerta nos im-

Ja...

10/15

(Sigue Amistades. Barrada, Usigli, Gilman.

peña en sus revoluciones. Desde aquella demostración de pláceme fuimos amigos. Sin duda comprendió que en mis palabras había otra cosa que lisonja: veracidad. Y desde entonces pone al llamarme Pepe un tono de compañerismo de buena ley que le agradezco.

Usigli no es nada fácil de dibujar. No se está quieto, habla pensando (cosa no tan frecuente), y al pensar sufre modificaciones faciales de gran importancia. Pasa de lo serio a lo irónico sin mudar de tono; deja la u o la o por la incisiva i, que a veces parece tan afilada como una daga italiana. No me cabe duda de que es mexicano, pero muchas veces le miro como a un europeo. Tiene un nivel de crítica o de juicio por encima de lo usadero. Es ágil mentalmente, y siempre fino.

UN YANQUI: STEPHEN GILMAN.—Este joven profesor hispanista fué discípulo de dos españoles amigos y admirados: Américo Castro y Augusto Centeno. El segundo no es tan famoso como el primero, pero la culpa no es de él sino de su pereza para escribir. Prefiere ir perdiendo ocasiones de ascenso en las universidades ultratejanas, antes que ponerse a redactar algo de lo mucho que expone en sus clases y desarrolla en sus pláticas amistosas. El hablar le gusta más que el escribir.

Gilman es, además, yerno del poeta español Jorge Guillén. Está casado con Teresa, que yo conocí de cuatro años y ahora la encuentro madre de un pequeño Antón y una más pequeña Isabel. Teresa, contra lo que pudiera creerse, no ha perdido lozanía viviendo entre profesores. Sigue alegre y entusiasta la obra de ellos. Lo cual indica que el poeta y profesor Guillén, mas el profesor Gilman no son inhumanos, como otros que andan por los claustros universitarios.

Gilman, en efecto, es un joven lleno de vitalidad. Tiene ese aire de muchachote que conservan muchos años los de raza anglosajona. No le falta ni siquiera ese remolino de pelos tiesos en la coronilla que solemos ver en los chamacos.

Gilman y toda su familia están en México y por segunda vez en menos de un año. Coincidió su primera estancia con la salida de su libro "Cervantes y Avellaneda", publicado por la Nueva Revista de Filología Hispánica, del Colegio de México. Libro de estudio, pero con buen leer; agudo, penetrante. Se subtitula "Estudio de una imitación". Y es que al estudiar la imitación que Avellaneda hizo del Quijote, llega Gilman a revelar las dos Españas que ya entonces se disputaban la península. Avellaneda imita el Quijote de Cervantes, pero no por amor, sino para tergiversar el espíritu de universalidad humana de éste. Lo imita en enemigo contrarreformista.

Dibujé al sagaz historiador y filólogo en una casita del pueblo de Tepoztlán. La casita que fué de Octavio Barrada y hoy es de Altolaquirre-Gómez Mena.

571 P

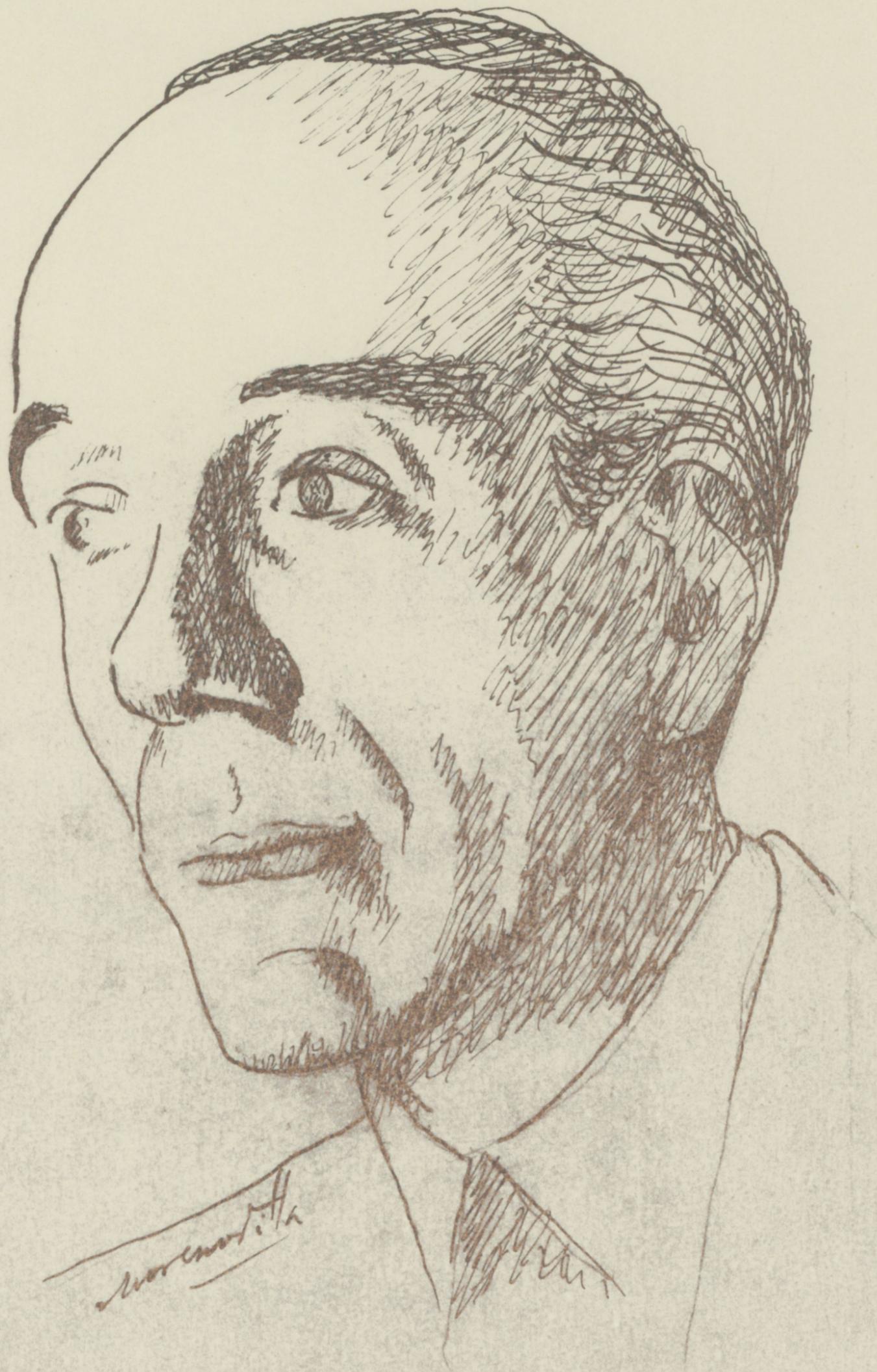


(5)

1/2 col

morewitt
51

Pellier



(5)

$\frac{11}{2}$ col

May

AMISTADES LITERARIAS MEXICANAS Y EXTRANJERAS

Por JOSE MORENO VILLA

ENTRE mis amistades tenían que abundar los poetas. Ahora, en este lote de "bezas" van cinco, contra un solo historiador y un filósofo. No se quejaban los vates. Aunque... quién sabe, por qué somos muy aficionados a los retratos:

"En la catoblepa retratos pedía el buen Hidalgo de José María".

Los de Manuel Ponce, Octavio Paz y León Felipe corresponden a los años 41 y 42. Se publicaron en "Letras de México", y aquí reproduzco las calcas por ignorar el paradero de los originales.

El de Manuel Altolaguirre lo dibujé por septiembre del 40. Los de Alí Chumacero y Carlos Pellicer, en estos primeros días del 41.

Qué ha sido de aquel joven poeta moreliano, Manuel Ponce, que se me presentó en el estudio un buen día enviado por Octavio Paz? ¿Se metería a fraile? ¿Barredá? ¿Se metería a fraile? Quiero recordar que me habló de la carrera eclesiástica.

Que no se extrañe de lo que implican estas preguntas. Viviendo en una misma ciudad no sabemos muchas veces lo que hace un amigo ni si escribe o viaja por nuevas rutas. De los lejanos resulta más difícil aun llevar la cuenta.

No me ocurre lo mismo, naturalmente, con León Felipe y Octavio Paz. Hemos sido socios del Café Paris, perseverantes en la amistad años y años. Además, uno y otro actúan de tiempo en tiempo sobre la vida literaria con verdadera fuerza. Son de esas personalidades que se adelantaron en el sereno ajeno por las buenas —quiere decir en las preocupaciones de uno— y nos imponen las suyas, que, como son interesantes, acabamos agradeciendo. Ojalá viniesen a interferir con lo nuestro más creadores.

No importa que Octavio se encuentre en París si desde allá piensa en México y en muchos problemas que seguimos todos, en muchos latidos de la tierra de hoy. Lamentamos no verle ni personalmente, sí le hablar con aquella pasión de cerebro joven entonces, con aquella seguridad de joven voraz que le distinguía por los años en que yo frecuentaba su casa y le retraté al óleo juntamente con Helena, su esposa. La simpatía mutua brotó en nosotros desde su llegada de España. Siempre le tuvo por uno del grupo hispano, el más afín de todos los poetas que iba conociendo en el Nuevo Continente.

De León Felipe, ¿qué voy a decir que no haya dicho? Primeramente, pedirle perdón por este esbozo de caricatura; porque es el menos retrato de todos los hechos por mí. Pero es que, a veces, adquiere León un aspecto de viandante trahumante que se despierta de un sueño echado bajo un olivo o cabe las longas de un teatro de la legua. Se despierta con el sombrero abollado y las barbas en alboroto, se pone las gafas y pregunta: "¿Dónde estoy? ¿Quién soy?" "¿Por qué me llamo Felipe?"

León posee una intranquilidad y una insistencia a la vez verdaderamente semitas y parejas a las de Guamuno. Se transforma sin dejar de ser el mismo. Pasa de ese aspecto dicho, al de distinguido señor castellano y al de un patricio de Roma. Bajo este último aspecto lo retraté el escultor Víctor Macho, y del busto en bronce escribí en su día:

De Alí Chumacero no puedo aportar datos personales como de los anteriores porque no lo he tratado tanto. En nuestros encuentros he podido apreciar en él los siguientes rasgos: disposición amistosa, atropellamiento al hablar, como le ocurre a quien pretende soltar de una vez un cúmulo de asuntos, intranquilidad sofrenada que le lleva al silencio.

Yo no sé si por reflejo de su nombre veo en el retrato este que le hice rasgos de arabismo. Su mirada parece extenderse sobre el desierto y sus cabellos ensortijarse por obra del intenso calor solar.

Carlos Pellicer. ¿Qué me dice su cara? Primero, que es levantada, segundo, que es escrutadora, de ojos punzantes, no sé si de visionario o de ido. Podría servir para modelo de fraile zurbanesco, sobre todo ahora que ha enfiacado.

Veo también en su semblante ciertos acentos asiáticos, que probablemente le vendrán por la línea indígena tabasqueña. El cráneo, sin embargo, es español y sé que tiene ascendencia valenciana.

La voz personal, física, de Pellicer no empareja con la voz poética. La primera es casi cavernosa, de gran vocina de cartón, de bajo profundo, de cañón soterrado. En cambio, su voz poética posee una alegría que la distingue dentro del coro de cantores mexicanos; la alegría del viajero que

se pama ante la efervescencia de la vida, ante los colores del paisaje y los juguetes de los hombres. Resulta un encandilado por la naturaleza. Creo que éste es el término que yo buscaba antes: encandilado.

Manuel Altolaguirre. La fisonomía de Manolo corresponde al tipo que los alemanes llaman "Iowengesicht", cara leonina; tipo que se ve en toda Europa, al cual pertenecieron lo mismo Beethoven que I. ya.

En Altolaguirre queda amortiguada la posible ferocidad por la expresión de los ojos. Se diría que contemplan siempre con nostalgia la marina malagueña, el puerto y la farola de nuestra Málaga.

Le conozco desde niño; entonces decían que era un ángel flaquito y largo, como los del Greco, con pies poco aptos para caminar. Hoy conserva en su interior el ángel poético, pero por fuera es un angélico con tendencia a la obesidad y lleno de dinamismo humano. Creo que ha vivido más que todos los poetas de la selección hispana debida a Gerardo Diego. Y en mi sentir lo tengo por el más poeta de los que aparecieron después, de García Lorca.

Silvio Zavala. Historiador, director del Museo del Castillo sobre el bosque de Chapultepec. Amigo joven, cuyos primeros pasos en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, pude apreciar. Caso raro de aplomo desde entonces.

Al encontrarnos después en México, no me extrañó que ganase rápidamente crédito de científico y le confiasen puestos de responsabilidad a pesar de su aire juvenil. Posee una firmeza y un temple este yucateco verdaderamente raros. Con suavidad asistiva y ojos claros sabe salir al encuentro de los hechos históricos y

presentes. Respira pulcritud y maneras cosmopolitas.

Hace una decena de años, cuando yo no tenía casa ni familia en México y seguía la guerra civil española, solía ir a su vivienda para escuchar por radio los partes guerreros.

Eugenio Imaz. — Una realidad imperiosa, fatal, me obliga a extraer de un mal retrato fotográfico las líneas de este magnífico amigo que se negó radicalmente a seguir con nosotros, ahogado ya desde no sabemos cuándo por oscuras y claras vicisitudes de la existencia.

Un retrato a pluma, que le hice antes de su estadía en Venezuela, parece que se perdió allá. Mi próximo libro, "Los autores como actores", aparecerá dedicado a él porque poco antes de su alejamiento determiné sorprenderlo con este signo de amistad.

Gran compañero desaparece; buen tipo vasco, de los culminantes, con esa hombría que gusta de enlazar cierta rudeza con la evidente finura y ternura del alma. Fue limpio en todo: en su mirar, en su vestir y en su pensar. Fue limpio en su trabajo laborioso, casi histérico de los últimos diez años. Trabajo que le agotó y separó desgarradoramente de lo que hubiera querido hacer, obra creativa, suya.

Deja más rastro de lo que él mismo suponía y de lo que ahora mismo podemos calcular. Su penosa labor ha contribuido a elevar el crédito de las publicaciones filosóficas hechas en México. El "Fondo de Cultura Económica" no le podrá sustituir fácilmente. Los estudiantes de habla hispánica no recibirán más de las obras que él elegía y traducía con acierto. Los "Cuadernos Americanos" se verán también afectados por su ausencia.

Imaz no fue nunca solemne ni



EUGENIO IMAZ



MANUEL PONCE



CARLOS PELLICER.



LEON FELIPE.



ALÍ CHUMACERO.



SILVIO ZAVALA



OCTAVIO PAZ.



MANUEL ALTOLAGUIRRE.

pedi
tar
cuán
mará
nidad
porqu
lo que
telect
quien
cuerp
No es